

Azorín, el maestro en el dintel

Muestra bibliográfica y archivística
organizada por la Real Academia Española
en el 150.º aniversario de su nacimiento

COORDINADA POR AURORA EGIDO

*Real Academia Española,
25 de octubre y 14 y 15 de noviembre de 2023*



REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

PORTADA

José Martínez Ruiz «Azorín» paseando en 1950 por la calle madrileña del Marqués de Casa Riera cercana a su domicilio en la calle Zorrilla n.º 21. Al fondo, la iglesia de San José en la calle de Alcalá.

Fotografía realizada por Nicolás Müller (1913-2000).

Índice

Azorín, el maestro en el dintel AURORA EGIDO	1
Muestra bibliográfica organizada por la Biblioteca de la Real Academia Española PILAR EGOSCOZÁBAL	13
Notas sobre los papeles de Azorín del Archivo de la Real Academia Española, seleccionados para la muestra COVADONGA DE QUINTANA	23

Azorín, el maestro en el dintel

AURORA EGIDO
Real Academia Española

«¿Qué jardín del abril, qué Aranjuez del mayo
como una librería selecta?»

(Baltasar Gracián, *El Criticón*, II, iv)

En paralelo con las Jornadas «Azorín de nuevo en la RAE», que organizó la Real Academia Española con motivo del 150º aniversario del nacimiento de José Martínez Ruiz los días 25 de octubre y 14 y 15 de noviembre de 2023, la Biblioteca, en colaboración con el Archivo, llevó a cabo una muestra de sus fondos en la Sala de directores. Con el título «Azorín, el maestro en el dintel» rescatamos, en parte, una frase de su discurso académico *Una hora de España (Entre 1560 y 1590)*, acorde, según veremos, con el magisterio que ejerció a lo largo de su vida como escritor.

La bibliografía sobre Azorín ha ido creciendo al igual que el número de sus lectores, de modo que la muestra bibliográfica dio cuenta solamente de algunos de los libros que, de él y sobre él, ha guardado la biblioteca académica, como señalará más adelante su directora Pilar Egoscozabal. Junto a los materiales procedentes del Archivo expuestos por Covadonga de Quintana, se colocó el cuadro con la fotografía de Nicolás Müller en la que nuestro autor paseaba por Madrid luciendo bastón y sombrero un día de invierno de 1950.

La imagen del Azorín maestro no es desde luego arbitraria, pues aparece a cada paso en todas sus obras. Y no me refiero solo a su original impronta como novelista, dramaturgo y ensayista o como autor de una prosa nueva y ejemplar que rompió con los moldes sintácticos y morfológicos al uso, sino a su papel docente. Este lo fue consolidando a lo largo de los años, empeñado, como estuvo, en sacar a los españoles del ostracismo cultural, literario y filosófico que arrastraban. En ese sentido, su papel pedagógico se situó en paralelo con el de otros autores de la generación del 98, como fue el caso de Unamuno con *Amor y pedagogía*, de Pío Baroja y su *Camino de perfección* o de Antonio Machado entre otros, aunque él lo hiciera de una forma continuada, que se plasmó sobre todo en su labor periodística.

Como señaló Guillermo Díaz Plaja en *Azorín y los libros* (1967), él fue, en realidad, «maestro en todo».

E. Inman Foix ya señaló, en *Azorín: guía de la obra completa* (Madrid, Castalia, 1992), que la mayor parte de su obra había aparecido en la prensa periódica y en las revistas, donde, según Unamuno, fue «notario» de la vida política, literaria y cultural de su tiempo. Ya Víctor Ouimette (Azorín. *La hora de la pluma. Periodismo de la dictadura y de la República*, 1987) había destacado anteriormente la ausencia, en sus *Obras completas*, de ocho mil artículos, publicados entre 1923 y 1936. En ese aspecto, parecía cumplirse el conocido reclamo de Marshall McLuhan, «El medio es el mensaje», habida cuenta de lo que significó, en el fondo y en la forma, el contenido y el estilo de Azorín al dirigirse de forma puntual, inmediata y en cierto modo efímera, a través de artículos que podían ser flor de un día.

El Azorín maestro y discípulo a un tiempo se fue apoderando de su escritura hasta configurar una pauta que tiene mucho que ver con la función pedagógica de unas obras llenas de melancolía, pero también de esperanza. Para él, todo estaba en los clásicos, a los que trató de resucitar y dar un significado nuevo, aplicable a la España que le tocó vivir. Como decía Yuste a su discípulo Azorín en el diálogo peripatético que ambos sostienen en *La voluntad* (1902), los escritos de los inmortales mantienen una lección permanente, que sobrevive en sus páginas como alimento universal pese a los cambios existentes en el mundo. Azorín se adelantó además a George Steiner cuando dijo que los clásicos nos leen.

De su trayectoria literaria, cabría destacar la presencia de los libros desde su más tierna infancia, como muestran las primeras páginas de *La voluntad* (1902) o de *Las confesiones de un pequeño, filósofo* (1904), donde retrató también sus vivencias como lector. Azorín recordó más tarde en sus *Memorias inmemorables* (1946) a su padre leyendo un libro de historia antes de cenar, y se vio a sí mismo curioseando, de niño, la biblioteca familiar. Pier Paolo Pasolini, que insistió siempre en las lecciones de las cosas, dijo en un artículo recogido en *Tiempos salvajes*:

Los primeros recuerdos de la vida son visuales. La vida, en el recuerdo, se convierte en una película muda. Todos tenemos en la mente una imagen que es la primera o una de las primeras de nuestra vida. Esa imagen funciona como un signo, y, por ser más precisos, como un signo lingüístico. Por consiguiente, si es un signo lingüístico, comunica o expresa algo.

Pero Azorín fue más allá de los signos lingüísticos, situando la biblioteca y los libros en el terreno simbólico de los espacios del tiempo así

como en su presencia real. De ese modo aparecen en *La voluntad*, donde los estantes de oloroso alerce están llenos de volúmenes que entran por los sentidos y reclaman la atención del lector y de sus preferencias. Al igual que el arpa del conocido poema de Bécquer esperaba en el ángulo oscuro la mano de nieve que arrancara sus notas, Azorín habla de

Libros, muchos libros, infinitos libros –libros en amarillo pergamino, libros pardos de jaspeada piel y encerados cantos rojos, enormes infolios de sonadoras hojas, diminutas ediciones de elzevirianos tipos. En un ángulo, casi perdidos en la sombra, tres gruesos volúmenes que resaltan, en azulada mancha, llevan en el tomo *Schopenhauer*.

La soledad del lector Azorín, que pasa sus horas leyendo a los clásicos y a los modernos en su biblioteca particular aflora con un afán universalista e intemporal, que abarca todos los temas y géneros, desde la poesía a la sociología, pasando por la historia, el teatro y la teología. Ello le lleva a fijar su mirada en los *Ensayos* de Montaigne, uno de sus autores favoritos. Con pinceladas impresionistas, trazadas con frases nominales aprendidas de los hermanos Goncourt, «maestros en plasticidad», Azorín va rescatando así, junto al maestro Yuste, sus escritores predilectos

Este, a su vez, tomará de un estante los *Nombres de Cristo* de fray Luis de León o recordará al Arcipreste y a la *Gitanilla* cervantina. Más adelante, en el diálogo entre Yuste y Lasalde, se referirá a un «cuentecillo» en *El Crítico* de Baltasar Gracián, su «clásico connivente», como lo calificó José Luis Calvo Carilla (*Al margen de Baltasar Gracián*, BFFGL, 2001). Recordemos que Azorín confesó que quería ser «hombre de todas horas», según había dicho el jesuita aragonés en un realce de *El Discreto*.

Los clásicos entran y salen con despejo en *La voluntad* azoriniana como algo vivo que surge en los lugares donde viven o por los que transitan sus protagonistas. Así ocurre en el viaje a Toledo, donde recuerda la «noche serena» de fray Luis de León junto a *La Celestina*, el *Lazarillo*, el *Buscón*, el teatro de Calderón o Flaubert. De ese modo, la historia de los pueblos termina por convertirse en historia de la literatura, de la filosofía o incluso del ensayo y del periodismo, pues no faltan al reclamo Montaigne, Nietzsche, Carlos Marx o Larra, al que considera el hombre más extraordinario de su siglo. Tampoco se olvida de la Biblioteca Nacional, adonde va a buscar un periódico de 1890 para leer el artículo de un autor del que ya nadie hablaba, mostrando, de ese modo, el olvido al que van a parar muchos escritores que sin embargo fueron célebres en su día.

Frente a un mundo ordenado, Azorín nos ofrece los libros «en pintoresca confusión, en revoltijo ameno», como si se tratase de un lector que aspira a leer sin tasa en la tercera parte de *La voluntad*, donde compra todo tipo de obras, ya se trate de las de Aristóteles, Kant o Leopardi. El epílogo final mostrará, sin embargo, la dolorosa pérdida de la lectura por parte de un Antonio Azorín que, en diálogo con José Martínez Ruiz, confiesa que ya no escribe y que se limita a vivir en el campo y a dejar hacer.

La voluntad incide en el problema de la educación que sufre Yecla y que es el mismo que padecen España y otras naciones, planteando dos tipos de enseñanza diferentes. Uno, vigente en Francia, que prepara a los alumnos para los exámenes, de donde salen autómatas burocráticos o mohínos fracasados. Y otro, el de Inglaterra, que los prepara para la vida, lo que le ha permitido colonizar el mundo, creando tipos seguros de sí mismos, audaces y fuertes.

Frente al modelo vivido en el Colegio de los Escolapios de Yecla, donde pasó ocho años interno, Azorín atisbó sin duda un horizonte más amplio, que se basaba fundamentalmente en la lectura. Así lo dibujó en *Antonio Azorín* (1903), quien se pasaba «toda la mañana leyendo» y en contacto con la naturaleza. No en vano su autor tuvo siempre en cuenta el gran libro del mundo, que nos invitó a leer y a interpretar paso a paso, con parsimonia, como si lo tuviéramos que ir deletreando lentamente. De ese modo nos lo muestra al principio de *La voluntad*: «A lo lejos, una campana toca lentamente, pausada, melancólica. El cielo comienza a clarear indeciso. La niebla se extiende en larga pincelada sobre el campo...». Esas y otras descripciones suyas van surgiendo en secuencias casi fílmicas, impregnadas de su gusto por el cinematógrafo, que trasladó a algunos de sus artículos como testimonio de una afición que le duró siempre, al igual que la del teatro.

Fermín Ezpeleta en «Formación y maestro en *La voluntad* de Azorín» (*Anales de Lit. Esp.* 22, 2010) ahondó en los afanes pedagógicos de esa obra, que Darío Villanueva y Ricardo Gullón habían relacionado anteriormente con el género de la novela lírica y del *bildungsroman*. En ese territorio formativo, las figuras del maestro y del discípulo son sustanciales, según señaló también Guillermo Carnero al considerar a Yuste y a Azorín pareja pedagógica. Se rescataba, con ello, una larga tradición en la que habría que considerar también la pareja de Critilo y Andrenio en *El Criticón* de Baltasar Gracián; una obra que Azorín admiraba, como lo habían hecho con anterioridad Schopenhauer y Nietzsche. A ese respecto, cabe añadir que el maestro Azorín desarrolla el papel de guía, consustancial al de esa obra del jesuita aragonés, donde el aprendizaje cultural va unido al de la peregrinación por la vida.

Las confesiones de un pequeño filósofo retomaron esa misma voluntad lectora al mostrar en los estantes las obras de Garcilaso, Montaigne, Vives, Cervantes, Gracián, Mariana, Taine o Leopardi. Pero Azorín no se olvidó de dibujar «La escuela», donde aparece un maestro seco, alto y brusco, que le daba unas clases extra que le desconcertaban. Antonio Machado, quien se consideró a sí mismo discípulo de Azorín, recordaría a su vez, en *Soledades*, una escena semejante y aún más prosaica si cabe, mientras el coro infantil canturrea la lección una tarde parda y fría:

Con timbre sonoro y hueco.
truena el maestro, un anciano
mal vestido, enjuto y seco,
que lleva un libro en la mano.

La perspectiva de la escuela deseable en *Las confesiones* recuerda la de Luis Vives, precursor de una pedagogía moderna basada en el juego, en el contacto con la naturaleza y en la seriedad y amabilidad para con el alumno, como mostró en su tratado *De disciplinis* (1531). Su propuesta se alejaba sin duda de la escuela vivida por Azorín, quien la dibujó como un sepulcro, una «caverna lóbrega», que remitía sin duda a la casa lóbrega y oscura del *Lazarillo de Tormes*.

El sufrimiento posterior del pequeño filósofo en el internado de Yecla dejaba también mucho que desear, teniéndose que levantar cada día a las cinco de la mañana. Pero este tenía, como contrapartida, las clases del padre Carlos Lasalde, sabio arqueólogo del que su discípulo guardaba un recuerdo agradable. Es bien conocida, por otra parte, la dolorosa anécdota del maestro, que sale de la clase propiciando un paréntesis de gozosa lectura al protagonista, pero que, a su vuelta al aula, le arrebató brusca-mente el libro.

Las agustinianas confesiones de Azorín trataron de considerar la melancolía como producto de la sequedad de nuestras tierras. Pero estas conforman también una novela de aprendizaje para la vida, que cabe ubicar en la tradición pedagógica de las que surgieron. En ese sentido, su particular árbol de la ciencia surgió de raíces bien conocidas, como señaló Laureano Robles en «Azorín y Giner de los Ríos» (*Hist. Educ.*, 16, 1997, pp. 475-505). La relación entre ambos tuvo lugar gracias a la mediación de Ortega y Gasset, un autor que se preocupó constantemente de situar a los españoles al nivel cultural de los europeos. El propio Ortega dijo que el empeño de Azorín por resucitar a los autores del pasado tenía como objetivo primordial el revivirlos.

Azorín distinguió entre instruir y educar, y sopesó en muchas de sus obras las diferencias entre una educación confesional, católica y tradicional, frente a la propiciada por la escuela «neutral». Aunque cabría analizar una evolución orientada hacia los principios de la Institución Libre de Enseñanza, lo cierto es que él defendió en el Congreso de los Diputados la postura conservadora de Maura, que se alzaba contra el peligro de la escuela laica y atea.

En ese sentido, no entraré en la evolución de su pensamiento sobre el tipo de enseñanza que Azorín consideró más adecuada, pese a las críticas que él mismo hizo a la que había sufrido en carne propia. Tampoco me detendré en su trayectoria al margen de la enseñanza universitaria, pues es bien conocido su largo peregrinaje por distintas facultades de Derecho para acabar sin título universitario alguno. Él fue realmente un autodidacta en el mejor sentido, como lo fue, en su tiempo, Lope de Vega, aunque este no pisara ninguna universidad.

Su relación con Giner de los Ríos le abrió sin duda las puertas pedagógicas del Krausismo, al igual que a muchos de su generación. Esa corriente no era sin embargo nueva, pues, a juicio de Azorín, España contaba con antecedentes preclaros de un tipo de enseñanza que había cristalizado en la Ilustración y que se cifraba en la reflexión y en el amor a la naturaleza, a la cultura y a la historia de España. En ese sentido, recordó a Jovellanos, a Cadalso y a otros pedagogos que les precedieron, como Pedro Alonso, autor del *Catón español* (1616). Y no se olvidó de la enseñanza femenina, refiriéndose al *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres* (1790) de Josefa Amar y Borbón.

La obra de esa mujer, socia de mérito de la Real Sociedad Aragonesa y de la Junta de Damas unida a la Real Sociedad de Madrid, atrajo sin duda a Azorín. Este pudo ver en ella el acarreo de todo tipo de fuentes clásicas y modernas, como la de Lucio Marineo Sículo, a la hora de fomentar una pedagogía en España que estuviera al nivel de la europea. Para ella, la felicidad pública y privada dependía de una buena educación, según una cita recogida de Jenofonte, pues esta «enseña a hacer buen uso de las Leyes, y a hablar de lo justo, y a escuchar».

La renovación supuesta por la Junta de Ampliación de Estudios, el Centro de Estudios Históricos y la Institución Libre de Enseñanza no le fue desde luego ajena a Azorín. Sus artículos sobre pedagogía ofrecen al respecto numerosos datos sobre sus ideas, como ocurre en su reseña del libro de Lorenzo Luzuraga, *Progresos escolares y planes de Enseñanza de Alemania y Austria* (1929), donde incidió en el gran problema de nuestro país frente a otros más adelantados en sus métodos didácticos.

Sus alabanzas, en «Pedagogía española» (1930), a Giner de los Ríos y a Manuel de Cossío se entrelazaron con la evidencia de que las órdenes religiosas eran las que poseían colegios magníficos, frente a la falta de centros laicos, que sin duda él echaba de menos. Azorín contribuyó a establecer, con sus calas didácticas, capítulos de gran interés sobre la enseñanza en España, resaltando unas carencias que él trató de suplir con su permanente observación sobre la escuela, los libros y la pervivencia de los clásicos.

La memoria de Azorín recaló siempre en sus experiencias como lector, desplegadas a lo largo de su vida hasta lo indecible en entrevistas, artículos y novelas. Es curioso al respecto su oposición a la censura de libros en la niñez, pues creía que las primeras lecturas eran fundamentales y estaba seguro de la bondad de los pequeños lectores. Los libros fueron, para él, un alimento permanente y sustancial. Así lo expresó en «Mis aficiones bibliográficas» y así lo confirmó la edición de Francisco Fuster: *Azorín, Libros, buquinistas y bibliotecas. Crónicas de un transeúnte: Madrid-París* (2014), prologada por Andrés Trapiello. En ella, podemos degustar medio centenar de artículos sobre el dilema entre leer o vivir, lo que, en realidad, se transforma en un vivir leyendo y en un «leer y tornar a leer», que fue siempre el sino de Azorín. De ahí, que conociera tan bien la historia de la imprenta, de las ediciones, de las bibliotecas, de las ferias del libro, de los libros de viejo y de la lectura, como mostró en su artículo «El arte de leer».

En «La feria de los libros», a partir de un paseo por las calles y plazas de Madrid, Azorín señaló las diferencias entre los librereros españoles y los de París, su segunda patria. Pero además dio cuenta de lo que para él era una gran pasión, consistente en deambular por las orillas del Sena sin un plan previo y sin que el librero pusiera freno alguno a su inquietud y a su curiosidad:

Husmear en los libros viejos es, sí, un placer. Tenemos en nuestra Biblioteca todos cuantos libros apetecemos; contamos con clásicos y con autores modernos, con escritores indígenas y con escritores exóticos; nos esforzamos en pensar en algún libro, sobre cualquier materia, que pudiéramos codiciar.

Pero, tras esa peregrinación libresca en la que hace también un escrutinio sobre los distintos tipos de bibliófilos, Azorín, desde la Cuesta de Moyano donde están los tenderetes de los libros, pasa a hablar de la estación madrileña de Atocha, a la que llega el expreso rápido y brillante de Barcelona. De ese modo, se cumple un tránsito casi obligado en sus obras, que suelen ir de «los libros de la vida» a la vida de los libros para regresar de nuevo y

cerrar el círculo. En ese sentido, se acercó al simbolismo de Mallarmé al tratar de descubrir el alma del mundo y de las cosas, pues, como señaló Rafael Alarcón (BBMP, 1998) a propósito del poemario *Alma* (1902) de Manuel Machado, esta fue «cetro y símbolo finisiclar» de la literatura española. Esa perspectiva anímica que lo invadía todo sería sin duda fundamental en el alejamiento de Azorín respecto al costumbrismo decimonónico, todavía vigente en algunos escritores de su generación.

Entre clásicos y modernos, Azorín hizo su particular historia de la literatura. En ella, fue dando cuenta de sus preferencias por Garcilaso, Ercilla, Cervantes, Quevedo, Gracián, Torres Villarroel y muchos otros autores del Siglo de Oro y de la Ilustración ya mencionados. Sin que faltaran los dedicados a Rosalía de Castro, el Duque de Rivas, Campoamor. Silverio Lanza, Leopoldo Alas, Rubén Darío, Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, Gabriel Miró, Martínez Sierra o Villaespesa. En esa larga enumeración, cabría recoger también sus excursos sobre los autores de otras lenguas, ya se tratase de Villon, Shakespeare, Racine, Molière o Verlaine.

Como señaló Carme Riera en el coloquio sobre *Azorín. Los clásicos redivivos y los universales renovados*, celebrado en 2011, el concepto de clásico en Azorín y otros autores de su generación suscitó un sinfín de reflexiones y comentarios. Para él, «En tanto en cuanto los clásicos son capaces de reflejar nuestra sensibilidad moderna, son clásicos», lo que implicaba una ruptura con lo caduco, así como una revelación moderna.

Sus títulos confirman el interés permanente por la literatura española, aunque no le fuera ajena, como hemos señalado, la universal: *Leyendo a los poetas*, *Los clásicos redivivos*, *Escritores*, *De Valera a Miró*, *El licenciado Vidriera* y tantos otros libros suyos son un buen testimonio de ello. Azorín creía que faltaba hacer una historia de la literatura que no se basara tanto en la erudición, sino que fuera interpretativa, psicológica e interna. Esta debía además insertarse en el comparativismo con otras literaturas.

El discurso de entrada en la Real Academia Española de Mario Vargas Llosa (1996) se centró en *Las discretas ficciones de Azorín*, a quien leyó, de niño, en el colegio, deleitándose con *La ruta de don Quijote* (1905), donde, como en el resto de sus obras, «todo está quieto, es idéntico a sí mismo, ha sido birlado a las leyes de la caducidad y la extinción». El escritor peruano y español recordó también su lectura de *Al margen de los clásicos* (1915) ya de adolescente, destacando la labor de Azorín como escritor-puente entre el público profano y los grandes autores del pasado. Y aunque Vargas Llosa creía que este congeló la vida en sus obras, sentía sin embargo que también nos hace vivir en ellas el tiempo quieto e invisible a través de una prosa llena de sabiduría y humor. A su juicio, Azorín brillaba sobre todo

en el ensayo corto y en el artículo, remitiendo al título de un ensayo que le dedicó Ortega: «Primores de lo vulgar» (1917).

Para Vargas Llosa, lo vulgar cobraba en Azorín un particular sentido artístico gracias a una prosa embebida de literatura, que, como Camilo José Cela dijo también en la respuesta a su discurso académico, se acercaba a la de Montaigne. No en vano, como decía el manual de *Literatura Española* de José Manuel Blecua Terceiro, que usábamos los alumnos de bachillerato en la década de los 60, Azorín «detenía el tiempo para inmortalizar lo vulgar».

El «intenso amor por las cosas pequeñas» que Azorín encarnó en Luis Vives, terminó por trasladarlo a sí mismo. El recuerdo de sus *Diálogos* (1539) y de las estrecheces económicas de su vida por Europa le ofrecieron la pauta de un modelo ejemplar que él mismo quiso seguir. Su retrato del filósofo valenciano como hombre digno, escrupuloso, algo adusto, pero de gran dignidad, reflejó los afanes que el propio Azorín quiso remedar cuando afirmó: «Juan Luis Vives ha sentido acaso mejor que nadie la eterna poesía de lo pequeño y cotidiano».

Elegido académico de la Real Academia Española el 28 de mayo de 1924, hace ya un siglo, Azorín leyó, el 26 de octubre de ese mismo año, su mencionado discurso *Una hora de España (Entre 1560 y 1590)*, siendo Gabriel Maura quien corrió a cargo de la contestación. La época de Carlos V y Felipe II, al igual que ocurría en *Hombres y paisajes* (1909) o en *Castilla* (1912), traía al presente un pasado que su autor recreaba como algo actual. Este se desarrollaba a lo largo de 41 capítulos en los que aparecían retratados de forma impresionista: ancianos, cortesanos, caballeros, religiosos, montañeses, pastores, viandantes, espectadores de un corral de comedias, religiosas e inquisidores, además de los castillos y lugares de una España preterida. Ente ellos, no faltaba el aposento del poeta, el clérigo de Maqueda o el nombre de algunos autores olvidados, como Pedro Mejía, Bartolomé de Carranza y su admirado Zabaleta.

En su discurso, aparecieron también Cataluña y Vasconia, además de un «Claro del bosque», que parecía preludiar el atisbado más tarde por María Zambrano, nieta e hija de maestros y profesora ella misma. El «claro» azoriniano surgía misteriosamente en una selva americana, donde una legión de soldados junto a su capitán remedaba un episodio de la *Eneida*. Tampoco faltó en su disertación «la famosa decadencia»; una idea extendida contra la que Azorín reaccionó. Él había publicado precisamente un artículo titulado «La decadencia de España» (1907 y 1913), donde analizaba las causas «materialistas» de esa deriva, formuladas ya en las obras de Saavedra Fajardo, Gracián, Jovellanos, Ganivet o su apreciado Joaquín Costa.

Estas incidían casi siempre en la ignorancia, la incuria y la falta de instrucción, como dijo Cadalso, o en no habernos unido al movimiento de la Reforma, según Larra. Pero Azorín fue tajante respecto a sus causas, pues el problema residía, para él, en que «nunca gozó España de una firme, estable, honda organización».

Aunque tuviera que incidir en el peso de las órdenes religiosas en nuestra historia, añadió sin embargo la parte positiva de algunas obras pedagógicas del pasado, como la expuesta por Pedro de Mercado. Este había ofrecido, en su *Práctica de los ministerios eclesiásticos* (1676), una lección sobre la necesidad de que el maestro enseñase a los alumnos el principio de la duda, tratándolos con afabilidad y sacándolos de la ignorancia. Azorín fue en realidad un maestro que, como el de su discurso académico, interrumpe su lección para que los lectores miren al exterior, uniendo así el conocimiento de la naturaleza al de los libros:

Los alumnos van exponiendo sus dudas al maestro. La estancia tiene unas ventanas que dan al campo. Se ve una campiña dilatada y verde. Entra el puro aire por los anchos ventanales.

Según Azorín, «La patria es una creación de la cultura», por lo que España terminaba siendo una creación de sus escritores, pero también de sus militares, obispos, maestros, libreros, corsarios, héroes, misioneros, labradores y santos. Todos ellos, eran tratados en singular y se situaban en un espacio-tiempo lleno de paradojas que contrastaban palacios y ruinas, pasado y presente a través de un ejercicio constante de analepsis. En él, no podía faltar una anciana como paradigma de «La verdadera española», que, al hilo de Lope de Vega, era amiga del hogar, hacendosa, limpia, amantaba a sus hijos, cuidaba a los enfermos y era tan afable y bondadosa como enérgica y fuerte.

En la caterva de personajes del siglo XVI, no podía faltar la figura del maestro en el capítulo titulado «La pedagogía». Aunque todo el discurso de Azorín sea, en realidad, una *paideia*, es ahí donde el retrato en singular del maestro cobra un mayor relieve, al dibujarlo en el ámbito de las preguntas y las respuestas que cruza con sus discípulos. Su retrato avanza a través de una prosa tan sencilla como luminosa:

El maestro ha aparecido en el umbral. Es un viejecito cenceño y un poco encorvado; su cabeza está lisa, reluciente. Los ojos son diminutos y brillantes.

Con las manos metidas en el hábito, comienza su lección sonriente y ligero, estableciendo un diálogo cordial y animado con los niños y adolescentes que le rodean. Su enseñanza trata de atenuar el principio de autoridad que resta seguridad a los alumnos, estableciendo una relación cordial con ellos.

Gabriel Maura contestó al discurso académico de Azorín interpretándolo como una revisión de los valores expuestos por alguien con quien había convivido durante veinte años en la política y que había sido revolucionario en su juventud. El político balear lo caracterizó, sobre todo, como un lector de sensibilidad exquisita, que se dedicaba a escudriñar todo. También lo presentó como un guía espiritual insuperable para quienes quisieran adentrarse en el alma española, mediante una escritura lacónica y discreta, sin alardes de erudición y que unía la literatura con la historia.

Maura destacó también la capacidad de Azorín para utilizar en el ensayo las técnicas de las artes plásticas; un asunto que luego ha sido motivo de estudio por parte de la crítica. Su admiración por el Greco, Velázquez, Goya, Cézanne, Degas, Zuloaga o Vázquez Díaz, entre otros, se plasmó en numerosos artículos, que tuvieron también en cuenta la arquitectura, la escultura y hasta el urbanismo de los lugares que frecuentaba o describía.

Respecto a la lengua, Azorín trató de crearla y recrearla, olvidando las largas cláusulas adversativas y ciñéndose a lo esencial en oraciones sucintas como teselas que conforman un mosaico impresionista. Partidario de la sencillez y la simplificación, recomendaba ir colocando una cosa detrás de otra, sin más, haciendo fácil lo difícil. Consciente de que «Un hombre no está aislado nunca con la sociedad que le circuye», abogó también por incorporar el lenguaje de la calle y mezclarlo con otros significados del pasado que había que rescatar.

Maestro de la elipsis y de la yuxtaposición, Azorín trató de ofrecer una prosa en la que el sustantivo y el adjetivo brillaran con luz propia a través de frases rítmicas, llenas de musicalidad, que, en ocasiones, avanzan como imágenes fílmicas. Ramón Gómez de la Serna dijo que Azorín enseñó a escribir. Su erudición y el empleo de términos que habían perecido en la historia de la lengua no estuvieron reñidos, sin embargo, con el uso lingüístico de los hablantes de su tiempo, que la sentían como algo vivo. De ahí que dijera: «Demos paso a la vida; acomodemos la palabra a la vida».

Azorín señaló en el capítulo de su discurso académico titulado «En el aposento del poeta»: «Lo esencial en el arte es crear, imaginar, inventar». Y, aunque pensara que la crítica podía ser también creación, como

era el caso de Saint-Beuve, dijo que «La erudición no es el ímpetu creador». Para él, Cervantes lo había reunido todo, pues fue tan creador como sabio, lo que encarnaba los valores que el propio Azorín trató de representar a lo largo de toda su vida, al unir el bagaje de sus muchas lecturas a un estilo que lo distinguiera de los demás, como así fue.

Aurora Egido
Bibliotecaria académica de la Real Academia Española

Muestra bibliográfica organizada por la Biblioteca de la Real Academia Española: *Azorín, el maestro en el dintel*

PILAR EGOSCOZÁBAL
Biblioteca de la Real Academia Española

Como complemento a las jornadas sobre Azorín que, bajo el título [*Azorín, de nuevo en la RAE*](#), tuvieron lugar los días 25 de octubre y 14 y 15 de noviembre de 2024 en la sede de la Real Academia Española, la Biblioteca organizó una muestra bibliográfica sobre el autor en la Sala de Directores, que permaneció abierta hasta finales de diciembre a disposición de los académicos, de los colaboradores y de todo aquel que quisiera disfrutarla.

Nuestra intención fue ofrecer ejemplares de las obras más representativas del autor, en los distintos géneros que este abarcó: novela, cuento, teatro, ensayo y artículos periodísticos, seleccionando primeras ediciones, otras significativas e incluso contemporáneas. Dicha selección estuvo condicionada, desde el punto de vista cuantitativo, por el espacio disponible, lo que imposibilitó incluir todos los estudios sobre Azorín con los que cuenta nuestra Biblioteca. Aplicando un criterio selectivo, al final del recorrido expusimos algunos de los realizados por académicos de la RAE.

De las dieciséis novelas publicadas por el autor, las correspondientes a la primera etapa, predominantemente autobiográfica, estuvieron representadas por las incluidas en la edición de las *Novelas* anotada por el profesor Miguel Ángel Lozano y publicada por la Fundación José de Castro. De las segunda y tercera etapas se expusieron: *El licenciado Vidriera*, *Félix Vargas*, *Superrealismo*, *El escritor* y *Salvadora de Olbena*. La primera, recreación de la novela ejemplar de Cervantes, cuyo título cambió el autor en ediciones posteriores por *Tomás Rueda*, era considerada, por el propio Azorín, como su mejor novela, coincidiendo en ello con la opinión de la crítica. Es curioso señalar que la edición corrió a cargo de la Residencia de Estudiantes en 1915, estando Juan Ramón Jiménez al cargo de su Servicio de Publicaciones.

Justo ese mismo año, el propio Juan Ramón, junto con Ortega y Gasset, organizaron un homenaje a Azorín en Aranjuez, ciudad admirada por el escritor, con motivo de no haber sido aceptada su candidatura a la Real Academia Española. El candidato aceptado fue Juan Navarro Reverter, ministro de Estado del gobierno de Romanones, y fue Azorín, casualmente, quien ocupó la plaza vacante a su fallecimiento. Al homenaje, con el título *Fiesta en Aranjuez*, se adhirieron autores como Antonio Machado, Galdós, D'Ors o Baroja, entre otros. Por otra parte, la admiración de Juan Ramón y Azorín era mutua: *Al margen de los clásicos* está dedicada al poeta y también *El licenciado Vidriera*.

El teatro azoriniano, en su mayoría experimental y de vanguardia, no tuvo éxito y algunas obras ni siquiera se representaron. Convencido él mismo de que se representaría «dentro de doscientos años», escribió algunas obras de tendencia innovadora y dos representativas del Modernismo y del auto sacramental, respectivamente, que rescatamos para la exposición: *La fuerza del amor* y *Angelita*. Entre la primera y la segunda median veintinueve años, de 1901 a 1930, periodo de tiempo en que dejó de escribir teatro, pero es significativo destacar, en el caso de *Angelita*, el uso de un género prohibido en 1765, así como su modernización, en una línea que recogería Miguel Hernández en *Quién te ha visto y quién te ve y sombra de lo que eras*, publicado en 1933. Seleccionamos, además, para la muestra, tres volúmenes representativos de sus cuentos, escritos después de la Guerra Civil y de su exilio en Francia, impregnados de melancolía y de lenguaje poético: *Cavilar y contar*, *Espanoles en París* y *Sintiendo a España*.

El núcleo más numeroso de la muestra bibliográfica es el formado por el género más cultivado por él hasta el final de sus días, el ensayo y los artículos periodísticos. Recordemos que Azorín empezó a colaborar con la prensa desde muy joven en *El defensor de Yecla*. Importantes periódicos madrileños fueron receptores de sus artículos: *El País*, *El Progreso* o *El imparcial*, entre otros, además de *ABC*, en el que colaboró hasta 1965, dos años antes de su fallecimiento y tras una interrupción entre 1930 y 1940.

Se ha intentado abarcar la variedad de temas que trató, empezando por el estudio de la literatura española, pues escribió un gran número de artículos sobre Berceo, Fernando de Rojas, don Juan Manuel, Jorge Manrique o el marqués de Santillana. De los Siglos de Oro están representados Teresa de Jesús, Fray Luis de León, Cervantes, Góngora, Quevedo, Lope de Vega o Calderón. Se expuso también en la muestra la edición del *Oráculo manual y arte de prudencia* de Gracián, a quien resucitó desde el punto de vista filosófico y político, prologada por él.

Los siglos XVIII y XIX también recorren sus escritos sobre Cadalso, Moratín, Feijoo, Jovellanos, Torres Villarroel, Larra, Galdós y Clarín. En relación con este último, de quien se expuso la antología seleccionada por Azorín *Páginas escogidas*, es de destacar la buena relación que mantuvieron siempre, nacida a raíz del artículo «Mi crítico», que Clarín leyó y alabó en *La saeta*, de Barcelona. Más tarde coincidieron en el diario *El Progreso* y su amistad duró hasta la muerte del autor de *La Regenta*.

El mismo Azorín resumió perfectamente su visión de la literatura, más tarde desmenuzada en escritos como la advertencia preliminar de la obra *De Granada a Castelar*, donde afirma:

La trayectoria va de Granada a Castelar. En fray Luis de Granada se inicia la lengua castellana moderna: Granada la escribe y da, en la *Retórica*, su estética. Da su estética también el autor del *Diálogo de las lenguas*. En 1650 el idioma posee ya plena flexibilidad [...] Lope, en la poesía, trabaja paralelamente a Saavedra en la prosa. Los dos artistas soberanos ofrecen, en los tiempos clásicos, el máximo de la potencialidad expresiva del idioma. Pero en el idioma se ha de dar todavía una espléndida floración. Los escritores clásicos, impersonales, reflejan personalmente la realidad exterior. Los románticos, exaltados, mezclan su yo a todos los paisajes, escenas y espectáculos del mundo. Los clásicos vivían para el mundo. El mundo vive para los románticos. Compárese Meléndez a Lope. En Meléndez comienza ya, seductora, la floración romántica. En Castelar se muestra esplendorosa.

Junto a la literatura, España, tema noventayochista por excelencia, ocupa gran parte de su producción, desde la presente en los artículos de *La ruta de don Quijote*, escrita en el año en el que se celebró el tercer centenario de la publicación de la primera parte de la obra, como encargo del diario *El Imparcial*, a las obras dedicadas a ciudades, como *Madrid, Albacete, siempre* o *Valencia*. Y, por supuesto, *Una hora de España*, su discurso de ingreso en la Academia, en 1924, al que contestó Gabriel Maura Gamazo, conde de la Mortera. El propio Azorín respondió al de Joaquín Álvarez Quintero en 1925, con el texto titulado *Los Quinteros*. Y, por último, el cine, del que disfrutó y escribió numerosos artículos, recogidos en varias de sus obras, entre ellas, las dos que se expusieron en la muestra: *El cine y el momento* y *El efímero cine*.

Hubiera sido imposible ofrecer todas las obras que contienen sus ensayos y sus artículos, aunque muchos de ellos están recogidos en recopilaciones seleccionadas, como *La farándula*, *Los clásicos redivivos*, *De Valera*

a *Miró, Tiempo y paisaje* o la realizada por Víctor Ouimette, *La hora de la pluma*, en 1987.

Al final de la muestra, incluimos algunos de los estudios sobre el autor realizados por académicos de esta institución. Por orden cronológico, expusimos las obras de Julio Casares (1916), Ramón Pérez de Ayala (1964), Guillermo Díaz-Plaja (1967), Darío Villanueva (1983), José Luis Castillo Puche (1998), Mario Vargas Llosa (1996) y Carme Riera (2007), organizadora de las Jornadas¹.

Nos sirvió de gran ayuda el estudio de E. Inman Fox, *Azorín: guía de la obra completa* (1992), donde se ofrece una compilación de toda su bibliografía, artículos periodísticos, prólogos o escritos misceláneos, y traducciones del propio autor, junto con una cronología de su vida y de su obra y una recopilación de los escritos sobre él, con el límite lógico de la fecha de publicación.

A continuación, ofrecemos una relación de las obras expuestas ordenadas cronológicamente dentro de cada grupo. Además, en nuestro [catálogo bibliográfico](#) está disponible todo lo que no cupo en la muestra y que se encuentra a disposición de quien lo quiera consultar en la Biblioteca de la Real Academia Española²:

NOVELAS

El licenciado Vidriera, primera edición, Madrid, Residencia de Estudiantes, 1915 (Publicaciones de la Residencia de Estudiantes. Serie II; v. 4)
 Procedente del legado de Antonio Rodríguez-Moñino y María Brey.
 RM-602

Félix Vargas: etopeya, Madrid, Biblioteca Nueva, 1928 (Azorín nuevas obras)
 Procedente del legado de Dámaso Alonso.
 11b BA-IV-1-3

Superrealismo: prenovela, Madrid, Biblioteca Nueva, 1929 (Azorín nuevas obras).
 Procedente del legado de Dámaso Alonso.
 RAE 11b BA-IV-1-3-9

¹ Aunque, estrictamente, Pérez de Ayala solo llegó a ser académico electo, pues nunca leyó su discurso.

² Sirva de complemento la guía bibliográfica que, con el título «La biblioteca de Azorín», ha elaborado la Biblioteca Nacional de España y se encuentra accesible en: <https://guias.bne.es/bibliotecazorin> [consulta: 9-5-2024].

El escritor, Madrid, Espasa-Calpe, 1942 (Colección Austral; 261).

RAE F 50-16

Salvadora de Olbena: novela romántica, Zaragoza, Cronos, 1944.

RAE 33-V-52

Novelas, edición de Miguel Ángel Lozano Marco, Madrid, Fundación José Antonio de Castro, 2011.

Volumen I, 1901-1925: *Diario de un enfermo; La voluntad; Antonio Azorín; Las confesiones de un pequeño filósofo; El licenciado Vidriera; Don Juan; Doña Inés.*

RAE F 82-27 (1-2)

OBRAS DE TEATRO

La fuerza del amor: tragicomedia, prólogo de Pío Baroja, Madrid, La España Editorial, 1901.

RAE 24 C-1877

Angelita: auto sacramental, Madrid: Biblioteca Nueva, 1930 (Azorín nuevas obras).

Procedente del legado de Dámaso Alonso.

RAE 11b BA-IV-1-3-8

CUENTOS

Cavilar y contar, 1.^a edición, Barcelona, Destino, 1942 (Áncora y delfín; 1)

RAE F 50-1

Españoles en París, 1.^a edición, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1939 (Colección Austral; 67).

RAE 5-XII-46

Sintiendo a España, 1.^a edición, Barcelona, Tartessos, 1942 (Biblioteca de escritores hispánicos; 1).

Procedente del legado de Dámaso Alonso.

RAE 11b BA-IV-1-7-21

ENSAYOS Y ARTÍCULOS PERIODÍSTICOS

La ruta de Don Quijote, 1.^a edición, Madrid, Leonardo Williams, 1905 (Biblioteca nacional y extranjera).

RAE S. Coms. 11-C-3

Lecturas españolas, 1.^a edición, París, Thomas Nelson and Sons, 1912.

Ejemplar con anotaciones manuscritas.

Procedente del legado de Dámaso Alonso.

RAE 11b BA-IV-1-7-22

Los valores literarios, 1.^a edición, Madrid, Buenos Aires, Renacimiento, 1913.

RAE F 16-85

Clásicos y modernos, Madrid, Rafael Caro Raggio, 1919 (Obras completas; tomo 12)

RAE F 16-68

Andando y pensando: notas de un transeúnte, Madrid, Páez, 1929 (Biblioteca de ensayos; 10).

Procedente del legado de Dámaso Alonso.

RAE 11b BA-IV-1-7-20

Leyendo a los poetas, 1.^a edición, Zaragoza, Librería General, 1929 (Obras pretéritas).

RAE 11b BA-IV-1-3-16

«Lope en silueta (con una aguja de navegar Lope)», Madrid, *Cruz y raya*, 1935 (Ediciones del árbol).

Procedente del legado de Dámaso Alonso.

RAE DA Foll. 8-25

Una hora de España: discurso leído en la Real Academia Española en la recepción pública del Ilmo. Sr. D. José Martínez Ruiz, el día 26 de octubre de 1924. Contestación del Excmo. Sr. D. Gabriel Maura Gamazo, conde de la Mortera, 1.^a edición, Madrid, Rafael Caro Raggio, 1924. Accesible en: <https://www.rae.es/academico/jose-martinez-ruiz-azorin> [consulta: 2-2-2024] (El ejemplar expuesto fue el de la edición de: Madrid, Gráfica Informaciones, 1939.

RAE F 65-33

Los Quinteros, contestación al discurso de ingreso de Joaquín Álvarez Quintero en su recepción pública, el día 26 de abril de 1925, Madrid, [s. n.], 1925. Accesible en: <https://www.rae.es/academico/joaquin-alvarez-quintero> [consulta: 9-5-2024]

RAE Ac. Esp. II-115

- Madrid*, 1.^a edición, Madrid, Biblioteca Nueva, 1941.
RAE S. Coms. 11-C-6
- De Granada a Castelar*, Buenos Aires, Espasa-Calpe Argentina, 1944 (Colección Austral)
RAE F 64-328
- Los clásicos redivivos; Los clásicos futuros*, 1.^a edición, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1945 (Colección Austral; 551)
RAE 27-X-13
- La farándula*, 1.^a edición, Zaragoza, Librería General, 1945.
RAE 33-VI-20
- Memorias inmemoriales*, 1.^a edición, Madrid, Biblioteca Nueva, 1946.
RAE S. Coms. 11-C-10
- El cine y el momento*, 1.^a edición, Madrid, Biblioteca Nueva, 1953.
RAE 26-VII-2
- Escritores*, 1.^a edición, Madrid, Biblioteca Nueva, 1956.
RAE 34-III-67
- De Valera a Miró*, 1.^a edición, Madrid, Afrodisio Aguado, 1959.
RAE F 17-47
- Tiempo y paisaje: visión de España*, 1.^a edición, Madrid, Cultura Hispánica, 1968.
Ejemplar con anotaciones manuscritas.
Contenido completo: *Castilla, Madrid, Valencia, Un pueblecito, Riofrío de Avila (1916), La ruta de Don Quijote, El paisaje de España visto por los españoles.*
Procedente del legado de Dámaso Alonso.
RAE 11a BA-III-7-2-5
- Albacete, siempre*, 1.^a edición, Albacete, Ayuntamiento, 1970.
Dedicatoria autógrafa de Azorín.
Procedente del legado de Dámaso Alonso.
RAE 11b BA-IV-1-1-3
- La hora de la pluma: periodismo de la Dictadura y de la República*, edición y prólogo de Víctor Ouimette, Valencia, Pre-Textos, 1987.
RAE F 12-382

Como prologuista y antólogo, participó en:

Gracián, Baltasar (1601-1658), *Oráculo manual*. Prólogo de Azorín, Madrid, Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, [entre 1928-1930] (Bibliotecas populares Cervantes. Serie primera. Las cien mejores obras de la literatura española; 33).

RAE CR-14893

Alas, Leopoldo (1852-1901), *Páginas escogidas*. Selección, prólogo y comentarios de Azorín, Madrid, Calleja, 1917 (Biblioteca Calleja. Segunda serie).

Procedente del legado de Dámaso Alonso.

RAE 11b BA-IV-1-7-1

ESTUDIOS DE ACADÉMICOS DE LA RAE SOBRE AZORÍN

Casares, Julio, *Crítica profana (Valle-Inclán, «Azorín», Ricardo León)*, Madrid, Imprenta Colonial, 1916.

RAE S. Coms. 27-A-139

Alonso, Dámaso (1898-1990), *Reconocimiento a Azorín*, [ca. 1973].

Manuscrito autógrafo original y mecanografiado con correcciones de Dámaso Alonso, de la conferencia «Reconocimiento a Azorín», pronunciada en la Fundación Universitaria Española en 1973. Cabe considerar, aunque no formó parte de la exposición, el manuscrito con la presentación de Pedro Sáinz Rodríguez, organizador de las conferencias, y el texto «Mi deuda a Azorín», escrito en 1958.

RAE, ADA-V-1-57

Pérez de Ayala, Ramón (1880-1962), *Ante Azorín*, 1.^a edición, Madrid, Biblioteca Nueva, 1964.

RAE F 17-118

Azorín y los libros, selección, prólogo y notas de Guillermo Díaz-Plaja, Madrid, Barcelona, Instituto Nacional del Libro Español, 1967.

RAE 11a BA-III-7-2-7

Villanueva, Darío, *La novela lírica*, Madrid, Taurus, 1983 (Persiles. El escritor y la crítica; 141-142).

Contenido completo: I. Azorín, Gabriel Miró. II. Ramón Pérez de Ayala, Benjamín Jarnés.

RAE F 13-815-1 a 2

Vargas Llosa, Mario, *Las discretas ficciones de Azorín: discurso leído el día 15 de enero de 1996, en su recepción pública, por el Excmo. Sr. don Mario Vargas Llosa y contestación del Excmo. Sr. don Camilo José Cela Trulock*, Madrid, [s. n.], 1996.

Accesible en: <https://www.rae.es/academico/mario-vargas-llosa> [consulta: 2-2-2024].

RAE Ac. Esp. II-227

Castillo-Puche, José Luis (1919-2004), *Azorín y Baroja, dos maestros del 98*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1998 (Biblioteca Nueva; 4)

RAE F 16-626

Riera, Carme, *Azorín y el concepto de clásico*, Alicante, Universidad de Alicante, 2007.

RAE B 1-V-34

Junto a las obras anteriores, y para finalizar, expusimos la que recoge el homenaje que le rindieron sus contemporáneos en Aranjuez, organizado por Ortega y Gasset y Juan Ramón Jiménez, citado anteriormente:

Fiesta en Aranjuez: en honor de Azorín, Madrid, Residencia de Estudiantes, 1915 (Publicaciones de la Residencia de Estudiantes. Serie IV; 4).

Procedente del legado de Dámaso Alonso.

RAE 11b BA-IV-1-3-11

Notas sobre los papeles de Azorín del Archivo de la Real Academia Española, seleccionados para la muestra *Azorín, el maestro en el dintel*

COVADONGA DE QUINTANA
Archivo de la Real Academia Española

La selección de documentos del Archivo para la muestra documental que tuvo lugar en la Sala de directores de la Academia, como complemento a las jornadas de homenaje a Azorín celebradas los días 25 de octubre y 14 y 15 de noviembre de 2023, bajo el título *Azorín, de nuevo en la Academia*, se nutrió de los papeles del expediente académico del escritor. Dicho expediente se compone de 184 documentos reunidos desde el momento en que se presenta su candidatura hasta que se tiene conocimiento de su muerte; entre ellos hay cartas (sobre todo testimonios de pésame), oficios, propuestas, copias, tarjetas, telegramas y recortes de prensa.

Azorín fue elegido académico numerario el día 28 de mayo de 1924, a propuesta de Armando Palacio Valdés, Francisco Rodríguez Marín y Leopoldo Cano, para cubrir la vacante por fallecimiento de Juan Navarro Reverter (sillón P). Los académicos firmantes aseguraban que el «escritor eminente, bien conocido por innumerables trabajos literarios y muy especialmente por los de crítica con aplicación a las letras españolas»¹, tomaría posesión de su plaza en el caso de que fuese elegido.

Esta propuesta, que se exhibió en una de las vitrinas centrales de la Sala de directores, tiene un importante valor documental puesto que fue la única candidatura oficial en la que Azorín figura como pretendiente a académico. Los intentos previos de José Martínez Ruiz para figurar en la nómina de académicos, que se produjeron en 1913, trascendieron a la prensa y culminaron con el homenaje literario a Azorín en Aranjuez el 23 de noviembre, no pasa-

¹ *Expediente del académico de número José Martínez Ruiz*, Archivo de la Real Academia Española, Fondo Real Academia Española, 39/4/1.

ron de ser gestiones privadas en búsqueda de apoyos; de ellos ha quedado constancia documental en el Archivo de la Fundación Antonio Maura².

El 29 de septiembre de 1924, Azorín envió desde San Sebastián al secretario de la Corporación, Emilio Cotarelo y Mori, su discurso de ingreso y el de réplica, escrito por Gabriel Maura, conde de la Mortera³. El editor del discurso fue Rafael Caro Raggio.

En carta fechada el 7 de octubre de 1924, Azorín comunica a Cotarelo que se puede comenzar con la tirada oficial del discurso y que él hará una edición privada en tamaño menor⁴. Pero antes de dar el «tírese» era necesaria la censura de los dos discursos; el 9 de octubre de 1924 firmaban positivamente Daniel de Cortázar, Emilio Cotarelo y Juan Antonio Cavestany⁵.

² Me refiero en concreto al intento al que alude Zamora Vicente en su *Real Academia Española*, ed. 2015, pág. 199, en el que supuestamente Azorín concurre con Juan Navarro Reverter para ocupar la plaza vacante por fallecimiento del padre Mir. Pues bien, esa situación no se produjo. Las actas de la Academia dan cumplida cuenta del procedimiento seguido para cubrir esa vacante: el 2 de enero de 1913 la junta declaró la vacante, que se publicó en la *Gaceta de Madrid* el 6 de enero; el 22 de enero el secretario dio lectura a la única propuesta que se había presentado, la de Juan Navarro Reverter, que fue la que se votó el jueves 27 de febrero. Sin embargo, sí tenemos constancia documental de la intención de Azorín de recabar apoyos para su candidatura para esa convocatoria de enero de 1913. En el Archivo de la Fundación Antonio Maura, en el fondo documental del director de la Academia, se conservan tres cartas de fechas 3, 4 y 9 de enero de 1913, en las que Azorín busca el apoyo de don Antonio con cierta intensidad. Su pretensión debió filtrarse a la prensa pues el *ABC* de 13 de enero de 1913 publica una nota titulada «La candidatura de Azorín», de la que se hicieron eco otros diarios como *La Tribuna*, *La Época* o *El Radical*, que continuaron publicando artículos hasta el mes de marzo de 1913 en defensa de Azorín frente a Navarro Reverter, ignorantes de los requisitos formales que debía reunir una candidatura y del procedimiento interno establecido para su presentación (*Estatutos* de 1859 y *Reglamento* de 1860). Azorín volvió a recabar apoyos para optar a una de las vacantes producidas por los fallecimientos de Andrés Mellado, Mariano Catalina y Alejandro Pidal y Mon, declaradas en los plenos de 2, 9 y 23 de octubre de 1913 respectivamente. En el fondo documental personal de Antonio Maura se conservan dos cartas de 3 y 4 de noviembre en las que Azorín manifiesta que está decidido a presentar su candidatura y que Torcuato Luca de Tena se ha ofrecido a reunir los votos necesarios. Las gestiones privadas debieron resultar infructuosas de nuevo porque en el pleno de 6 de noviembre el secretario de la Academia da cuenta de la presentación de las candidaturas de Fernández de Bethencourt para la vacante de Mellado y de Saralegui para la de Catalina. El 13 de noviembre se presenta la candidatura de Miguel Echegaray para ocupar la vacante de Pidal y Mon. Parece claro que Azorín no recabó los apoyos necesarios que avalasen su candidatura en 1913.

³ *Ibidem*, 39/4/3.

⁴ *Ibidem*, 39/4/4.

⁵ *Ibidem*, 39/4/5-6.

El acto público de ingreso se fijó para el 26 de octubre de 1924. No conservamos más documentación sobre dicho acto que un oficio del secretario del Directorio militar excusando su asistencia⁶.

Por el escalafón de asistencias leído por Rafael Lapesa en la junta del 11 de enero de 1967, sabemos que Azorín solo asistió a 197 sesiones desde el día de su incorporación a la Academia hasta la fecha de dicha acta⁷ –murió el 2 de marzo de 1967 y, como parece lógico, no asistió a ninguna sesión entre el 11 de enero y el día de su muerte–; es decir, asistió a una media aproximada de 5 sesiones al año.

No obstante su poca asiduidad a los plenos académicos, estuvo involucrado en el trabajo interno de la Academia. Consta en su expediente su nombramiento como vocal de la Comisión de Academias Americanas en la vacante por fallecimiento de José Alemany, el 9 de noviembre de 1934⁸; y como miembro de la Comisión de la Biblioteca selecta en la vacante por fallecimiento de Juan Gualberto López Valdemoro, el 28 de febrero de 1936⁹. También figura como miembro de la Comisión del Centenario de Lope de Vega, junto con el conde de Gimeno, Serafín Álvarez Quintero y Agustín González de Amezúa (26 de enero de 1932)¹⁰, en los documentos del expediente sobre la organización de dicho centenario, que se inicia con un plan elaborado por Amezúa.

Conservamos también en el Archivo las candidaturas que avaló: la de Luis Cebrián Mezquita como académico correspondiente en Valencia (10 de marzo de 1927)¹¹; la de José López Prudencio como académico correspondiente en Extremadura (15 de enero de 1932)¹², y las de Fabián Vaca Chávez, Gregorio Reynolds, Eduardo Díez de Medina y Claudio Pinilla como académicos correspondientes extranjeros en Bolivia (29 de junio de 1936)¹³.

Entre los documentos del expediente posteriores a la Guerra Civil, resulta interesante una carta fechada el 18 de octubre de 1939, que envía

⁶ *Ibidem*, 39/4/7.

⁷ Libro 52 de actas, fol. 94r.

⁸ *Ibidem*, 39/4/11.

⁹ *Ibidem*, 39/4/14.

¹⁰ *Expediente de la celebración del centenario de Lope de Vega por la Academia*, ARAE, FRAE 325/5.

¹¹ *Expediente del académico correspondiente en Valencia Luis Cebrián Mezquita*, ARAE, FRAE 53/18.

¹² *Expediente del académico correspondiente en Extremadura José López Prudencio*, ARAE, FRAE 54/11/1.

¹³ *Expedientes de los académicos correspondientes extranjeros en Bolivia Fabián Vaca*

al secretario, Julio Casares, en la que le informa de que se encuentra en Madrid y que desea formalizar su situación respecto a la Academia: «Dispuesto me hallo a cumplir con todos los requisitos que fueren necesarios». Se refería a la jura de los principios del Movimiento en el Instituto de España para mantener su condición de académico, pues la copia de la respuesta de Casares, de 7 de noviembre de 1939, reza:

Muy señor mío: Con referencia a mi carta del 24 pasado, cúmpleme comunicarle que el resultado de las gestiones por entonces pendientes, y que habían sido iniciadas por el Instituto de España, es el que puede ver en la Orden de 3 de noviembre corriente, publicada en el Boletín de ayer, día 6. Firmado: Julio Casares.

Las fechas de los documentos del expediente dan un salto a 1964; encontramos una comunicación del secretario accidental a Azorín sobre el estado del proceso para cubrir la vacante de académico de número por fallecimiento de Wenceslao Fernández Flórez, para el que solo constaba la propuesta de Julián Marías¹⁴.

El 28 de octubre de 1966 el secretario le comunica el acuerdo de la junta de proponerle a la Accademia Nazionale dei Lincei como candidato español al Premio Antonio Feltrinelli de 1967¹⁵.

A partir de este momento, los documentos que conservamos están relacionados con el fallecimiento del escritor: la copia del oficio de pésame del secretario, Rafael Lapesa, a Julia Guinda Urzanqui (3 de marzo de 1967), con la indicación de que se había mandado decir cincuenta misas por el alma del finado, la tarjeta de Julia Guinda Urzanqui en agradecimiento del pésame¹⁶ y un buen volumen de testimonios de pésame con sus contestaciones de agradecimiento¹⁷.

Entre estos testimonios, hemos de destacar los de particulares (Eduardo Vila; José María Pemán; Bernardo J. Caycedo; Ignacio Sánchez de los Santos, maestro zapatero; y Manuel Mújica Laínez) y los institucionales:

- Sebastián Martínez-Risco, presidente de la Real Academia Gallega.
- Camilo Veiga, presidente del Círculo Cultural Mercantil e Industrial de Vigo.

Chávez, Gregorio Reynolds, Eduardo Díez de Medina y Claudio Pinilla, ARAE, FRAE 66/2/1; 66/3/1; 66/4/1; 66/5/1.

¹⁴ *Expediente del académico de número José Martínez Ruiz, ARAE, FRAE 39/4/21.*

¹⁵ *Ibidem, 39/4/2.*

- El director del Instituto Femenino de Enseñanza Media de Lugo.
- Rafael Portanet, alcalde de Vigo.
- Samuel R. Quiñones, presidente del Senado de Puerto Rico.
- Néstor Rigual, secretario de la Cámara de Representantes del Estado Libre Asociado de Puerto Rico.
- Juan Abelló Pascual y Jaime González Uña, presidente y secretario de la Cámara Oficial de Comercio de Madrid.
- Ernesto Giménez Caballero, embajador de España en Asunción.
- Luis Martínez-Kleiser, secretario general perpetuo del Instituto de España.
- Juan Carlos F. Merediz y Alberto F. J. Otamendi, secretario y director del Instituto Americano de Lexicografía y Lexicología de Quilmes.
- Modesto Serna Moreno, alcalde de Salamanca.
- Francisco López Carballo, alcalde de Santiago de Compostela.
- La junta directiva del Centro Español de Moscú.
- Miguel Alemán y Rogelio de la Selva, presidente y secretario del Instituto Mexicano de Cultura.
- José Zenderera Fecha, director de la editorial Juventud.
- Enrique Fernández Lumba, secretario de la Academia Filipina de la Lengua Española.
- Luis Alegre, director de la Escuela Central de Bellas Artes de San Fernando.
- El secretario de la Real Academia de Historia y Arte de San Quirce.
- Francisco Morterde, director de la Academia Mexicana de la Lengua.
- Hugo Lindo, director de la Academia Salvadoreña de la Lengua.
- El secretario de la Unión de Escritores Soviéticos.
- Fabio A. Mota, presidente de la Academia Dominicana de la Lengua.
- Rafael Yepes, secretario de la Academia Venezolana de la Lengua.
- Estuardo Núñez, secretario de la Academia Peruana de la Lengua.
- El rector de la Universidad Literaria de Valencia.
- Rafael Alberto Arrieta y Leónidas de Vedia, presidente y secretario general de la Academia Argentina de Letras.

- Jorge Fidel Durón, secretario perpetuo de la Academia Hondureña de la Lengua.
- Luis Beltranena Sinibaldi, director de la Academia Guatemalteca de la Lengua.
- El alcalde de Alcoy.
- Arturo Gómez Costa, director ejecutivo de la Academia de Artes y Ciencias de Puerto Rico.
- Luis Sánchez de Fuentes, secretario interino de la Academia Cubana de la Lengua.
- El director general de Relaciones Culturales.
- Fernando Lara, ministro de Relaciones Exteriores y Culto de la República de Costa Rica.

El expediente termina con una recopilación de recortes de prensa con fechas extremas 1924-1967¹⁸. La Agencia Internacional Camarasa, de Madrid, contratada por la Academia para la recogida de noticias relacionadas con la corporación, reunió recortes de los diarios españoles *El Imparcial*, *La Voz*, *La Nación*, *Madrid*, *ABC*, *Ya*, *Arriba*, *Informaciones*, *El Alcázar*, *Pueblo*, *La Región* (Orense) y *El Noticiero* (Zaragoza). La dirección general de Relaciones culturales del Ministerio de Asuntos Exteriores envió recortes de prensa recopilados por los embajadores de varias repúblicas americanas, procedentes de los diarios *Novedades* (México), *El Mercurio* (Chile), *El Tiempo* (Quito), *El Telégrafo* (Guayaquil, Ecuador) y *El Comercio* (Quito).

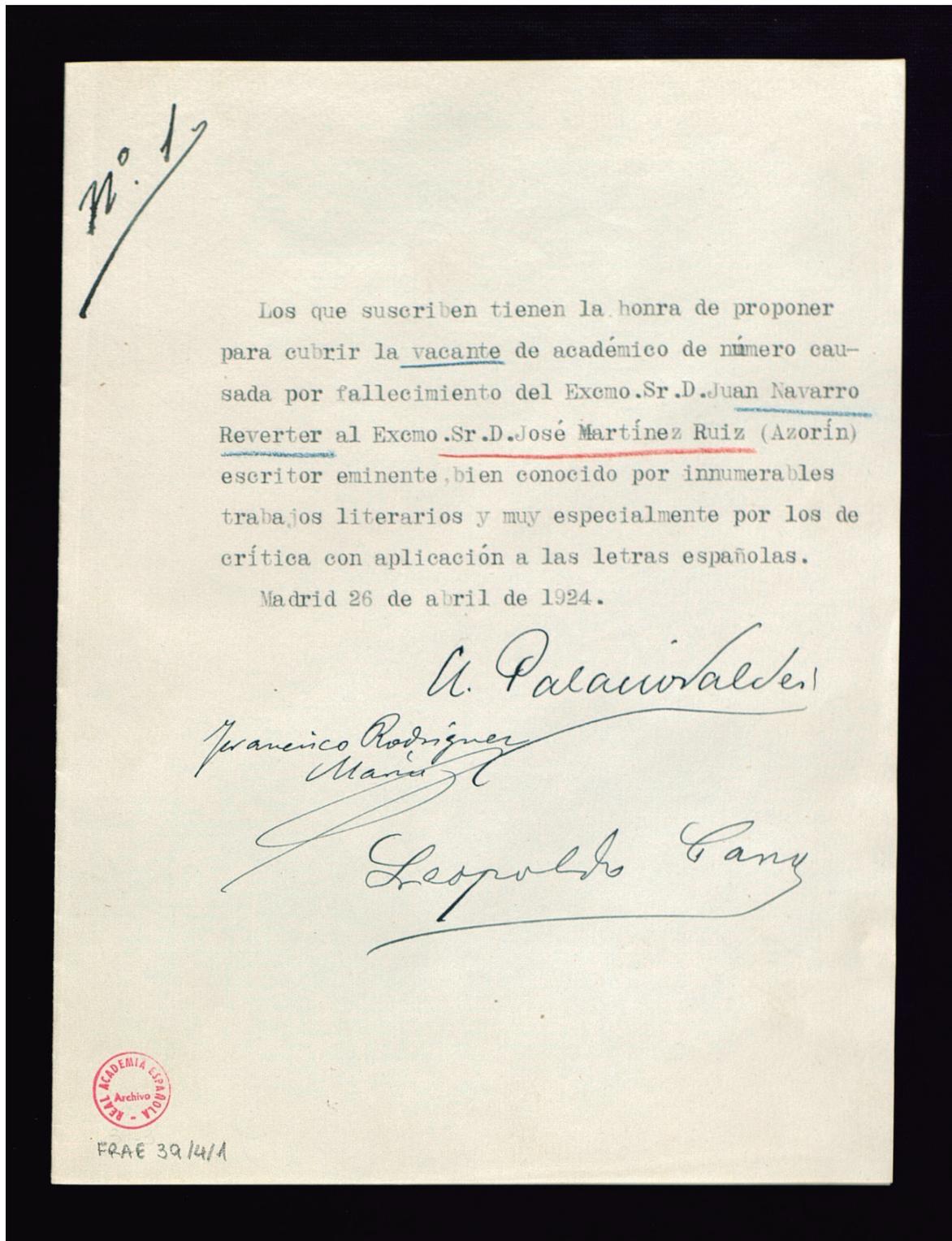
La muestra encomendada al Archivo concluía con la presentación de una medalla de bronce de Azorín anciano, confeccionada en 1990.

¹⁶ *Ibidem*, 39/4/26-27.

¹⁷ *Ibidem*, 39/5-7.

¹⁸ *Ibidem*, 39/8-10.

APÉNDICE DOCUMENTAL





REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Los Académicos que suscriben creen que sin inconveniente alguno puede leerse en junta pública el Discurso, que para su recepción en este Cuerpo literario, ha escrito el Sr. D. José Martínez Ruiz (Azorín).

Madrid 9 de octubre de 1924.

D. Manuel de los Ríos y Emilio Cotarelo
D. Manuel de los Ríos y Emilio Cotarelo



FRAE 391415

Ilmo. Sr.:

En junta celebrada anoche por esta Corporación, el Excmo. Sr. Director se sirvió nombrar a V.I. individuo de la Comisión de Academias Americanas, en la vacante causada por fallecimiento del Sr. Alemany (q.e.p.d.).

Lo que tengo la honra de comunicar a V.I. por este medio.

Madrid 9 de noviembre de 1934.

El Secretario,

Ilmo. Sr. D. José Martínez Ruiz.



FRAE 39/4/11

En junta celebrada anoche por esta Corporación, el Excmo. Sr. Director se sirvió nombrar a V.I. individuo de la Comisión de la Biblioteca selecta, en la vacante causada por fallecimiento del Sr. López-Valdemoro (q.e.p.d.).

Lo que tengo la honra de comunicar a V.I.

Madrid 28 de febrero de 1936.

El Secretario,

Ilmo. Sr. D. José Martínez Ruiz.



FRAE 39/4/14

Exema. Sra.

La Real Academia Española, para quien es motivo de íntima aflicción la muerte de su ilustre individuo de número el excelentísimo señor don José Martínez Ruiz, acordó a una vez, en junta celebrada anoche, dar a V.E. y a toda su distinguida familia muy sentido pésame y poner en su conocimiento que ha mandado decir cincuenta misas por el alma del finado.

Lo que en cumplimiento de triste y al par honroso deber comunico a V.E., cuya vida guarde Dios muchos años.

Madrid, 3 de marzo de 1967.

El Secretario.

Exema. Sra. Doña Julia Guinda Urzangui, Viuda de
Martínez Ruiz.



FRAE 39/4/26



Academia Filipina

CORRESPONDIENTE DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA
APARTADO POSTAL NO. 1522
MANILA, FILIPINAS

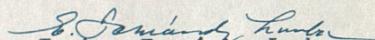
5 de marzo de 1967

Excmo. Sr. D. Rafael Lapesa
Secretario Perpetuo
Real Academia Española de la Lengua
Madrid

Excelentísimo Señor Secretario:

Tengo la honra de comunicarle que esta Academia Filipina, al enterarse del fallecimiento del muy ilustre y venerable miembro de esa Academia madre, el Excmo. Sr. D. José Martínez Ruiz, acordó, en su sesión extraordinaria de ayer, hacer constar en acta su más sentido pésame por la muerte de tan egregia figura de las letras castellanas.

Saluda atentamente a V. E.


Enrique Fernández Lumba
Secretario

EFL:rcf



FRAE 39/6/19

ACADEMIA MEXICANA
CORRESPONDIENTE DE LA
ESPAÑOLA

DONCELES NUM. 66

TELEFONOS { 51-55-71
10-52-57

MEXICO 1, D. F.

6-marzo-1967
Sr. don Rafael Lapesa,
Secretario Perpetuo,
Real Academia Española,
Madrid.

Muy distinguido y fino amigo:

Profunda pena ha causado a todos y cada uno de los señores miembros de esta Academia Mexicana, el sensible fallecimiento del Excmo. señor don José Martínez Ruiz. Estas líneas llevan a usted, y por su estimable conducto a esa ilustre Academia Española, la expresión de sincera condolencia de esta corporación.

Con saludos atentos para usted, me repito suyo affmo. amigo y servidor.

Francisco Monterde
Francisco Monterde,
Director.



FRAE 3916/25

Domingo, 26 octubre 1924.

Archivo
FRAE 3919/1

LA IMPARCIAL

CRITICA LITERARIA

Martínez Ruiz, académico

Todo es hoy libelo en la gran Academia. Azorín se dispone a leer su discurso de recepción. Colándose al cabo sus amigos. Pronto será Martínez inmortal. Yo no sé por qué va a la docta Corporación; pero el caso es que va. Si me imagino a qué, me lo diría yo es que lo ha pedido; la Academia no llama, no solicita a nadie; hay que quitarse el rubor o ir, hay que quitarse el rubor para ir.

Porque esta es la cuestión, que dijera el sepulturero de Hamlet: «Aquí está el agua; bien; y aquí está el hombre; bien; si el hombre va hacia esta agua y se ahoga, ¿quiere que no, el caso es que va, me flías en eso?; pero si el agua viene hacia él y se ahoga, no se ahoga el mismo; ¿quiere aquel que no es culpable de su propia muerte, no acorta su propia vida?»

Contrariamente, el Martínez va hacia ese agua (la Academia) no se mas que aguar, y ese agua le ahoga, el agua de la Academia (de la cual nadie ha de decir que no benefició) no tendrá culpa alguna de su muerte; Martínez habrá abreviado su propia vida eterna.

Hoy se sacará ánima en la Real Academia. Abridas para cuantos se ocupan de investigaciones. El pequeño filósofo podrá descubrir autorizadamente a un llamado Graciano, y a cierto postillón, tal Garcilaso, de que nunca antes se dió noticia. Nos contará como un fralite, ha mucho tiempo, mandó imprimir en varias lenguas un libro muy grande, en Alcalá, conocido por algunos con el nombre de Biblia, bien que su título no se halla en los catálogos. Punto por punto, dará razón del catecismo compuesto por Ripalda, y se dejará con pseudónimos de que transcurran décadas y décadas sin haberse resitado.

Há ya terminado a las once por Castilla con kilométrico, para anotar que existe en la Banura determinada meseta; que en ella está el sol a la caída de la tarde; que los pastos son vetustos, y que, en la noche, a los ojos, brillan unas luciértagas, parpadeando en la sombra.

También verá que, por allí cerca, en ruta anticática, anduvo un Don Quijote, el cual Don Quijote era un caballero muy valiente, que necesitó a unos gigantes, resultando molinos de viento, aunque nadie lo había dicho hasta entonces.

Esas revistas sus críticas, con aquellas maravillas de estilo, por ninguno sospechadas; el despacho ministerial, en que describió un primer pájaro que dice pi, pi, pi; un tercer pájaro que dice pi, pi, pi; un cuarto pájaro que dice pi, pi, pi; un quinto pájaro que dice pi, pi, pi; y un sexto pájaro que dice pi, pi, pi. Por qué todos los pájaros del Ministerio decían pi, pi, pi.

Con la medalla al cuello, frente al retrato apócrifo de Cervantes, explicará a la Corporación arguméntalme. Que el dicho Cervantes era novelista, contra lo que nos dicen quienes no lo conocen; que escribió correctamente, que no carecía de claroscuro, y tal cual. Después la emprenderá con Aloualima, a quien nadie ha leído, y nos enseñará que los correctores de Durodos. Los académicos abrirán unas ojivas de a palmo. El Monopogo se asociará de tan selecta erudición, se hará lenguas el Ciudadadano, el Generoso esperará su día de palmo. El Monopogo se asociará de tan selecta erudición, se hará lenguas el Ciudadadano, el Generoso esperará su día de palmo. El Monopogo se asociará de tan selecta erudición, se hará lenguas el Ciudadadano, el Generoso esperará su día de palmo.

El puzete tiene seis ojos.

Mas Rodríguez Marín no se quedará atrás, como se trata de cantares; y exhibirá uno de los once mil y pico (llamados como virgenes) con que ha empapado sus anotaciones al Quijote.

Digale está a sus amigos que está en la escuela, que si tiene tercianas, que tiene cubas.

Se ignora si Maura asistirá a la recepción, antestredo como se halla en escribir la última de sus obras conjeturas; pero hállese de una epístola escrita del tenor que sigue:

«Sr. D. José Martínez Ruiz. — Presente.

Al como director felicitarle me huelo entre en nuestra Academia, la cual es honra estupéficamente de aceptación estandarizada con el precedente secular hacia el prento humanarísimo previendo sin exclusivismos locales. Y como quiera que ha de dedicarse en tan seguros aguar un prominente ingente a la austeridad representativa sin vanagloria de postes, padeo presumir seguridad hacedora de posibles inmundicias literarias, que es el ministerio de los grandes. Suyo, A. Maura»

Y cuando la Corporación se haya convenido de que no hay más allá tocante a epístolas, y de que aquello es el ave feliz, la salamandra, el pelicano, el unicornio, la caraba, la o la estramandala. Azorín subirá a estrados para leer su discurso, que versará sobre *Un escritor desconocido de la época renacentista, que se llamó Lucio Anseo Séneca*.

Era cosa curiosa que la respuesta el Sr. Pérez León (Don Pío) con unas *Apoteosis a las epigramas de Marcial*. Lástima, sacrasas y bien ceñidas. Mas aún no ha podido nombrarse académico (a pesar de las diligencias hechas), por no haber en estos últimos esta misma ninguna mal inmortal. Y así, ha cargado con el muerto D. Gabriel Manguado con el muerto D. Gabriel Manguado y Guano (seguí delin en cierno), que le contestará con este o parecido discurso: *De lo que sucedió entre el aguar de emera Marín de Narca y el autor de La España en Herpos de Carlos II*.

Será curioso ver cómo defiende ahora Martínez Ruiz a los clásicos. No parece que haya entrado en la vieja casa, por voto unánime, a lo menos sin fijar antes tribus gacetas a sus fleabives rodillas. Sus repulgos con-

tra el autor de *Los orígenes de la novela* irán poco a poco extinguiéndose. Y tras haber descubierto a un novelista de la genialidad del Sr. Mathen, acabará por saber las novelas que escribió cierto insignificante cantabro. Empezará la revisión de Larras del Duque de Rivas, aunque un poco a destiempo, y lamentarás de que el Duque ni Pérez Pastor le dejara en qué entretenerse.

Su labor en el Diccionario puede ser provechosísima. Aportará voces nuevas, como *discreción, maura, arrastrino, paratería, mogipatería, futilidad, frialdad e imitez*; que podrá introducirse con la venia del Sr. Maura, en el léxico oficial, y en el metálico, eufonísticamente rearmadas, a otras tantas expresiones felices, agudas, cleptas y poéticas, del mismo ablenzo que *fojalé de rívirita, mustrat homo notorio, espuna de certiza y luz y taquígrafo*, frase con que fue superado el pobre Goethe, que sólo se atrevió a pedir (como un vulgar pedigueno) más luz.

No negaré yo al autor de *Un discurso de La Clerca* condiciones de cronista, delicado, de perpetua aguar, rico de color y de matiz. Le faltan, empero, en grado sumo, las humanidades, por más que trate de encontrarlas. La erudición la ha sido siempre ajena. Y hoy la Academia necesita volver a los arduos y filólogos. Acerca prologicamente el castellano, y es de absoluta necesidad acometer la revisión total del idioma, dando carta de naturaleza a giros y voces de uso corriente.

Es vergonzoso que todavía, en la última edición del Diccionario, se lea «Alto, la, la hembra del mulo»; que fante la expresión de hacer entrada de zapatos; que bendicase tan comunes como *léber* una cosa como *agua*, no se hallen tampoco, siendo así que las autoridades, no sólo el uso, pero también los clásicos: fray Luis de León, Pedro Malón de Chabro (en *La Conservación de la Moraldad*), Diego de Estola, fray Juan de los Angeles y otros muchos la prologan.

¿Cómo se imaginará el lector que otra locación, no menos vulgar y corriente, a saber de *má, de té, de cu corchó*, está presente del Diccionario? Pues así es, que el tal menciona la frase figurada *ser una cosa de la cochela de uno*; pero no dice palabra acerca de los muchos adverbios indicados, que desde nuestros escritores de la centuria aurea se emplean con la significación de «naturalmente», «de mi natural», «de su natural», «de su condición», «de suyo», «de mí», etc. (Será de necesidad acudir a autoridades).

En fin, hay cosa más socorrida que *ellegar* a uno a lo vivo, *tecer* a uno en lo vivo. Pues tampoco aparecen en el Diccionario de la Academia, que sólo incluye «dar a uno en lo vivo», esto es, «darle en las costaduras».

Bien se ve hasta qué punto son los académicos blancos de ceniza.

Las olimniogías hallábase en número asombroso erradas: todo ello, para concluir, recueta una prenta y completa revisión. Martínez Ruiz, en esta labor ardua, sólo servirá (como otros muchos) de entorpecimiento y estorbo.

Causa es lo apunto de que ya las recepciones académicas hayan parado en abolor de solemnidad, y aquella asistencia eminente que las levantaba a coros de gloria.

Los periódicos mismos escatiman el espacio que a ellos reservaban.

Ir a la Academia, no vale hoy gran cosa; es acto funesto, y para un escritor joven, entorpecer de por vida.

Porque—y volviendo al sepulturero de Hamlet—el agua viene hacia el hombre y le ahoga, no se le puede tachar de suicida; pero si el hombre (se *offendiendo*) va hacia el agua y queda ahogado, será culpable de su propia muerte por su temeridad.

Luis ASTRANA MARIN

Lunes, 29 octubre 1924

LA VOZ

F. O. A. E. 39/1/2

POR LAS ACADEMIAS

Recepción de "Azorín" en la Española y de Crueta en la de Bellas Artes

Los discursos de ambos nuevos académicos han sido interesantísimos

Con la solemnidad que merece el ilustre escritor D. José María Ruiz ("Azorín"), se celebró ayer su recepción pública en la Real Academia Española.

Fueron el acto el Sr. Maura, presidente de la Academia, que vistió el uniforme académico; a su derecha tomaron asiento a la mesa presidencial el obispo de Madrid, el doctor Cortáez, presidente de la Academia de Medicina, y el Sr. Ostolaza, secretario de la Academia; a la izquierda, el señor de Montaner y el rector de la Universidad Central, doctor Carrizosa.

En el estrado tomaron asiento los académicos de la Española, señores Menéndez Pidal, Rodríguez Marín, Alamyán, Coto, Sarracino, Rivera, Novo, Bohagay, Villaverde, marqués de Figueroa, Añón, Sandoval Gómez, Quintana (Serran), Casares y conde de las Navas; académicos electos, Francisco Icaza, Ferrnández Medina, Pichardo y Artigas.

De otras academias estaban en el estrado los Sres. Gaspar Romero, Gálvez, conde de Linares, Llanos Torreguiza, Medina, Huertas, Barzra, Gascóchez, Poma y Unzué, Zazpaga y doctor Delgado.

El salón y las tribunas altas estaban totalmente ocupadas por un público distinguido, en el que figuraban los Sres. Cervera, Coloma, Carmona, López Ortega, Sarracino, Rovira, Ardió, Irujo, Gil de Robollo, Aguilar Gaxeta, Matallana, Gálvez de Castro, Sáiz y Rodríguez, Gómez de Barro, Perea Urrutí, Díez Canedo, Salazar, Collá, Martín Ferrnández, Santamaría, Ferrnández Gómez, Naves de Arriba, Ferrnández Cárdenas, Luis Belli, Gutiérrez Abascal, Luis Arguinzón, Alfonso de Bago y otros notables escritores y políticos.

También se destacaban entre el distinguido auditorio elegantes damas. Abierta la sesión, se levantaron los dos académicos más modernos, don D. Sarracino Álvarez Quintana y don J. Julio Casares, que acompañaron a entrada al nuevo académico. "Azorín" vestía de frac.

EL DISCURSO El ilustre escritor dió lectura a su discurso, titulado así: "Discursos de España (Entre 1560 y 1590)".

Son sus primeras palabras de gratitud de comprensión después, al encontrarse rodeado de amigos que representan la tradición española que él ha procurado servir. Hace luego, de gracias maneras, al obispo de su nacimiento en la Academia, D. Juan Navarro Reverter.

Después, "El espectáculo va a comenzar al 22 años del nacimiento de don Pedro de la Historia—se ha levantado el flamante... 1560, o en 1570, o en 1590? Es una hora de España lo que estamos viviendo. Es una hora de la vida de España lo que vivimos—en la imaginación—en este atardecer, frente a la intensidad del mar."

Después, "El ilustre escritor, en un ser de capítulos breves, maravillosos, reconvertidos—como un artefacto que paleo un diamante en millones de facetas—una hora de la vida de España. Con su estilo admirable, con su gran talento, él comentarista es a la par muy antiguo y muy moderno."

El caballero marcha delante, y luego de algunos pasos sigue el estrado. En esta forma llegan todos los días, a la misma hora, hasta la tienda del espadero, don Rodrigo entra en la tienda, y el estrado se marcha. No se sabe adónde el espadero dirige su paso. Tal sea a la portería del convento, o acaso al título de un puñalado dentro de un largo camino. Cuando vuelve a casa, por la noche, este libro serviría tras el día de la casa, adormecido, un fornello.

En la tienda del espadero ha entrado como todos los días don Rodrigo. La espada del caballero ha sufrido cierto maltrato en la guardia. La espada es masculina. Fue labrada primeramente en Milán. No posee rasguños al cabo—pero esta espada—

Hay servidores en todas las puertas. Uno tiene derecho a cubrirse y otro no tiene derecho a estar cubiertos. Uno tiene derecho a ir delante del Rey y otro está obligado a ir detrás. Los nuevos aumentos en el favor son acordados con entusiasmo por el Rey, por inadvertencia o por cohecho, manifiesta cubriéndose a un cortejano, se apresura éste a darle las gracias al Monarca por la merced de la granada que acabará de haberle. Tal sucede en Hermandad. Y así sucede en Gracia del Cautivo. Los pobres palaciegos no rehusan. No puede haber nada en el Rey sin sus cortesanos. En la comedia de Lope (5) no vieron los señores—luchada la escena de un emperador va de casa y le siguen muchos criados de corbata, apuntes, furriles, coqueiros. Y un personaje de la obra dice:

La gente, señor, me admira que sigue a un rey, aunque sea por entreverarse su día. Cristóbal de Castillejo, en su *Diálogo y discurso de la vida de corte*, nos cuenta los trabajos de los escritores de Palacio. Los vicios de la corte son motivo de todo extremo. La corte ha de parecerse a una aldea y pueblocito. No hay alojamiento para los duchos. A veces van por los caminos hechos "quitas en una corteza alquilada". Llegados a la aldea, se acomodan por "padres y raciones". Y siempre en la ciudad o durante el viaje han de estar porventos, diligentes, atentos. Y han de...

... Andar el retortero, de la sala a la cocina, traer las voces del portero y al son de la campanilla.

RECEPCIÓN DE CAUTIVOS La vida de este religioso puede contarse en pocas palabras. Fue en el mundo un caballero principal. No había en toda la ciudad hombre más bendecido. No despreciaba nunca en las adversidades. Cumplía estrictamente con sus deberes. Uno día disponía tenía amaba con exceso el dinero. Por atender su familia los más malos trabajos, todo era con su amor. Levantó trasplantes los estudios. Destacóse el caballero en loores de la nobleza por cambiar su avaricia. Toda la querían en la ciudad—a todos acurraba su trato; pero se avaricia contrastaba a desdichas y amigos. El mismo caballero se daba cuenta de su pecado y prometía enmendarse. Sus proyectos de arrepentimiento eran siempre fugaces. Después y amigos hablaban en cierta ocasión con el prelado de la diócesis llamó el prelado al caballero; departieron los dos con gran espacio. Al día siguiente el caballero dió una carta a los pobres. La ciudad contempló atenta el espectáculo. Los amigos y deudos del caballero se daban el parabién. Pero fué cortada la fiesta. Pudo apartar de su torpeza a un hombre mozo; un incauto podrá ser amargado en un erudito podrá verse libre, por sucesos reflexivos de su infamia conyugal. No podrá lograr por ningún camino que un arriero remude a su pasión. Dos días después de la comedia el caballero volvió a su condición primera.

Un día se anunció que volvía a la ciudad un íntimo amigo del caballero. El amigo había estado cautivo en tierra africana. Quince años pasó en el cautiverio. Se veían desde la huerta en que trabajaban los mozos de España.

De las africanas plagas, nupcias de una huertina, entre el formado hortelano de España la alta sierra.

Durante quince años había estado el cautivo dando vueltas y vueltas en el arstificio de una noz. Sus pies demarcan habita decho en la tierra un bonito beldad. Columbraba a lo bello la tierra española. No hizo en los quince años de cautividad otro oficio el pobre cautivo. Las tentativas para su rescate fueron inútiles. La familia del cautivo era pobre. El caballero de la ciudad y el cautivo eran íntimos amigos. Acaso pudo el caballero apurar una parte de su capital al rescate del amigo. No lo hizo el caballero. Al cabo de los años unas religiosas tentativas redujeron al esclavo. Estó ya en un barrio de España el cautivo. Ya a llegar a la ciudad. Ha llegado ya a la ciudad, y el caballero se acordó de la legada de su íntimo. Entre el caballero en la casa donde está el amigo con su familia. Rápidamente va con los brazos abiertos hacia el amigo. El esclavo paranoico famélico. Joven aún, su caballo está blanco y sus ojos están enrojecidos en un par de meses. El caballero permaneció absorto ante el amigo. Y, por último, cautivo, masquinamente, un profesor público, comienza a dar vueltas por la sala, con la cabeza baja, como alrededor de una rotación. Es el convento de Trinitarias que hay en la ciudad entera al día siguiente. El caballero y el cautivo dos criados llevaron un pedacito de salir del convento. Tiempo después, vistiendo la túnica blanca y el manto negro de la Orden, el caballero emprendió el camino de África.

Cuando "Azorín" terminó su lectura, los aplausos fueron entusiastas.

CONTESTACION DEL CONDE DE LA MORTERA El discurso de D. Gabriel Maura en contestación al de "Azorín" es también de gran interés. Como el otro, es una glosa al margen de "Azorín"; pero no una glosa propia, sino una glosa digna de "Azorín".

Gabriel Maura, en los tiempos que se afirmaba necesaria y urgente una revisión de valores, con respecto a "Azorín" y a los valores del Ateneo. Maura, recién concurrido de las aulas universitarias, se sentaba en los bancos de la portería. "De él se halla con frecuencia una voz cultural que atraviesa en los discursos ajenos nuevos y casi siempre efectivos: lucidez, claridad, fuerza, penetrante mirar, cuyo aspecto económico resulta, a la originalidad marcadamente deliberada, la palatibilidad más irrogable. Su paño, más y pronto cuanto de él se necesita, por momentos. Lamentablemente, residente en Madrid, frecuentaba todas las bibliotecas públicas, escribía, en la tribuna, con elocuencia, una hora de redacción y otros trabajos de estrambótico, validos por los pobres españoles en compañía de un grupo de literatos y profesores y hablaba en el Ateneo como autor."

Y sigue la glosa al margen de "Azorín", delicada, sutil y afectuosa. El conde la Mortera fué muy feliz.

ENTREGA DE UN PREMIO Terminada la lectura de los discursos, el presidente entregó al doctor Arizaga el premio que a la vez consistió en un concurso literario por una obra suya sobre Góngora.

En la Academia de Bellas Artes.

don José Martínez Ruiz "AZORÍN", QUE INGRESÓ EN LA ACADEMIA ESPAÑOLA (Foto Alfonso)

quién en tiempos bonachalones va un tesoro. No habrá como ella dos en la ciudad. La espada ha acompañado desde mozo al caballero. Con ella ha venido en Italia y en Flandes. El espadero la compra fácilmente la restaura. Don Rodrigo la deja en la tienda del día siguiente, por que mediana entra en la tienda un cliente del espadero. En un momento, apurada, y en su pecho lúbrico una vengera de diamantes. Fea el espadero en la mano la espada de D. Rodrigo. "El mozo la compra. Dientes el espadero y el gallin. Y este muestra, desoso de adquirir la primera espada."

La sesión la hora de la vida del caballero. Por la calleja se va a la izquierda a lo lejos. Delante marcha, arguido y sereno, el caballero; él día una espada vieja. Le sigue un fiel escudero. En la tienda del día siguiente, se le muestra, desoso de adquirir la primera espada."

La sesión la hora de la vida del caballero. Por la calleja se va a la izquierda a lo lejos. Delante marcha, arguido y sereno, el caballero; él día una espada vieja. Le sigue un fiel escudero. En la tienda del día siguiente, se le muestra, desoso de adquirir la primera espada."

La sesión la hora de la vida del caballero. Por la calleja se va a la izquierda a lo lejos. Delante marcha, arguido y sereno, el caballero; él día una espada vieja. Le sigue un fiel escudero. En la tienda del día siguiente, se le muestra, desoso de adquirir la primera espada."

La sesión la hora de la vida del caballero. Por la calleja se va a la izquierda a lo lejos. Delante marcha, arguido y sereno, el caballero; él día una espada vieja. Le sigue un fiel escudero. En la tienda del día siguiente, se le muestra, desoso de adquirir la primera espada."

La sesión la hora de la vida del caballero. Por la calleja se va a la izquierda a lo lejos. Delante marcha, arguido y sereno, el caballero; él día una espada vieja. Le sigue un fiel escudero. En la tienda del día siguiente, se le muestra, desoso de adquirir la primera espada."

La sesión la hora de la vida del caballero. Por la calleja se va a la izquierda a lo lejos. Delante marcha, arguido y sereno, el caballero; él día una espada vieja. Le sigue un fiel escudero. En la tienda del día siguiente, se le muestra, desoso de adquirir la primera espada."

La sesión la hora de la vida del caballero. Por la calleja se va a la izquierda a lo lejos. Delante marcha, arguido y sereno, el caballero; él día una espada vieja. Le sigue un fiel escudero. En la tienda del día siguiente, se le muestra, desoso de adquirir la primera espada."

La sesión la hora de la vida del caballero. Por la calleja se va a la izquierda a lo lejos. Delante marcha, arguido y sereno, el caballero; él día una espada vieja. Le sigue un fiel escudero. En la tienda del día siguiente, se le muestra, desoso de adquirir la primera espada."

La sesión la hora de la vida del caballero. Por la calleja se va a la izquierda a lo lejos. Delante marcha, arguido y sereno, el caballero; él día una espada vieja. Le sigue un fiel escudero. En la tienda del día siguiente, se le muestra, desoso de adquirir la primera espada."

La sesión la hora de la vida del caballero. Por la calleja se va a la izquierda a lo lejos. Delante marcha, arguido y sereno, el caballero; él día una espada vieja. Le sigue un fiel escudero. En la tienda del día siguiente, se le muestra, desoso de adquirir la primera espada."

AGENCIA INTERNACIONAL CAMARASA
Reyes Magos, 22 - MADRID (9)

Recorte de 569

ABC

MADRID
Fecha 8 NOV 1966



FRAE 3918/35

AZORIN, CANDIDATO DE ESPAÑA AL PREMIO FELTRINELLI



L

A Academia Nazionale Delinecci, de Roma, otorga un premio internacional destinado a recompensar las distintas actividades y disciplinas intelectuales, y el presente año lo concederá a las narrativas, galardonando la obra de un gran creador literario, maestro en el arte de contar. Feltrinelli es el galardón y goza de abolengo y alto prestigio. Para optar a él, los directores de las Academias de los diversos países designan su candidato, y esos candidatos son los concurrentes. En esta ocasión el director de la Real Academia Española, don Ramón Menéndez Pidal, que hace años obtuvo ese premio, ha querido que al candidato español lo eligiesen los miembros de número de la docta corporación, y ellos, en la sesión que celebraron el jueves, día 27 de octubre, acordaron proponer a don José Martínez Ruiz, "Azorín".

Dudamos que entre los candidatos que habrán de representar a otras naciones haya uno con tantos y tan notorios méritos como los que acumula nuestro eximio, impar y ejemplar escritor, ni puedan ostentar una obra con tanta riqueza y finura narrativas en cuanto a cantidad y calidad. El arte de Azorín lo llamó el primer pensador español contemporáneo, y uno de los cimeros de nuestro tiempo en el ámbito universal, José Ortega y Gasset, "Maximus in minimis" en su extenso y profundo ensayo titulado *Azorín, primores de lo vulgar*, que se halla recogido en una de los tomos de *El Espectador*. Pretensión inútil sería condensar lo que en ese ensayo se analiza y dice, pues el escritor está estudiado a lo hondo y en sus más variadas facetas; pero, no obstante, deseamos recordar este párrafo de uno de los capítulos: "Y el arte de Azorín es un ensayo de salvar al mundo, al mundo inquieto que, properante, va hacia su propia destrucción. Azorín lo petrifica estéticamente. Quisiera suspender la vida del mundo en una de sus posturas, en la más insignificante por siglos de siglos. Y esta inquietud virtual es para Azorín la única forma de la inmortalidad. Moverse es llevar actos a conclusión, es preterir, fenecer, caminar al aniquilamiento. ¡Oh, si el mundo, al soplo de un Dios, quedara extático!..."

Sobre Azorín han escrito las plumas más autorizadas e insignes por las que haya fluido y fluye el idioma castellano. Y las de los mejores hispanistas. Con los libros de Azorín se viene aprendiendo, desde hace muchos años, el español en las universidades extranjeras. Y enorme cantidad de españoles hubimos de sentir, llevados de sus manos, el amor por nuestros clásicos.

Cuando Azorín irrumpió en la Literatura renovó el estilo, con el suyo pronto cristalizado. Y hoy es uno de nuestros clásicos, al extremo que una reputada editorial va a incluirle en la colección que les consagra, colección famosa y pródigamente extendida. Se hallará en ella junto a Cervantes, Santa Teresa, Fray Luis de León, Quevedo... Nada tiene de extraño, pues es su condigno y directo sucesor.

Puede la Academia Nazionale Delinecci, de Roma, otorgarle su premio al Arte Narrativo. El galardón no le vendría, ni mucho menos, ancho. Tampoco le vendría el Nobel, que, por supuesto, tiene merecido.

AGENCIA INTERNACIONAL CAMARASA
 Bayona Maqoa, 22 - MADRID (7)
 Recorte de 569

 MADRID
 Fecha 3 MAR 1967

ya

HA MUERTO AZORIN

Madrid, viernes 3 marzo 1967 2 Ptas.





ESTA TARDE SERA ENTERRADO EN LA SACRAMENTAL DE SAN ISIDRO

Ha muerto Azorín. Fue ayer, temprano, a las nueve menos diez de la mañana. La causa, una pielitis complicada con una afeción de tipo circulatorio. José Martínez Ruiz iba a cumplir noventa y cuatro años en junio. Conservó su cabeza serena y lúcida hasta el último momento. Esta tarde, a las cinco, se efectuará el entierro en la sacramental de San Isidro. Las fotografías muestran diversos momentos del escritor ya en el ocaso de su vida. En la imagen superior de la izquierda, Azorín, serio, imposible, en uno de estos últimos paseos por las calles de Madrid. En la de la derecha, retratado con su esposa, doña Julia Grinda. Junto a estas líneas, el alcalde de Madrid, señor Arias Navarro, da el pésame a la viuda. (Fotos Santos Yubero y Müller.) (En páginas interiores, información, biografía, antología y artículo sobre el maestro desaparecido.)

Archivos FRAE 391813





V. F. J. *Martínez Ruiz 'Azorín'*. Medalla. Bronce [21,56 cm Ø; peso 3229 gr]. Archivo de la Real Academia Española, M0140

